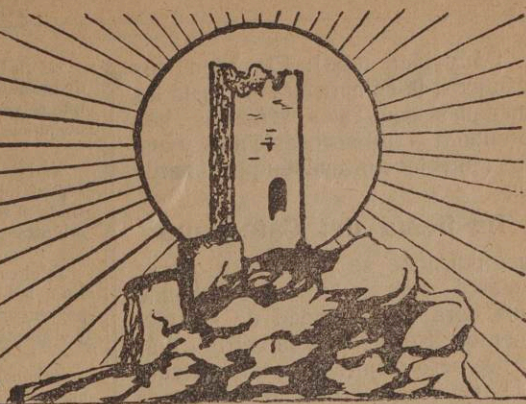


Amor y Esperanza

Periódico - Parroquial-Quincenal



Año IV

Alhama de Murcia, Domingo 12 de Junio de 1927

Núm. 81

LAUDA SIÓN

Alaba joh Sión! a tu Salvador, a tu capitán y a tu pastor, con himnos y cánticos.

He aquí las palabras con que el Ángel de las Escuelas empieza la *Sequentia* de la Misa del Santísimo Corpus Christi, ese himno inmortal y grandioso en que canta arrobado las excelencias del misterio del amor de Jesucristo y que cada estrofa de ese poema es un destello de su inteligencia Angélica, y una chispa brotada de su corazón amante, del misterio de los Altares.

Y en verdad, ¿quién podrá hablar dignamente de ese misterio de las maravillas de Dios en su amor hacia los hombres?

¿Qué es la Eucaristía? Dios con nosotros. Es el Divino Emmanuel unido a nuestra pequeñez y a nuestra miseria. Es Dios que desciende hasta la criatura, para satisfacer en ella esa necesidad imperiosa de su Dios.

La planta apetece el sol, la piedra tiende al vacío y el hombre suspira por Dios, desea a Dios con toda la energía de sus aspiraciones.

La esposa de los Cantares sale de la ciudad preguntando a quien encuentra: *¿Habéis visto a mi Amado?*

El Real profeta nos muestra y describe de ese modo tan sublime la necesidad que el hombre tiene de Dios. *Mi alma está sedienta de Ti, joh Dios mío!*

Y en otro lugar presenta al atormentado por la sed que le devora de unirse a Dios.

Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, de la misma manera mi alma te desea a Ti ¡Dios mío!

Por eso Dios instituye la Eucaristía para saciar esa sed del corazón humano, para borrar esa distancia infinita entre Dios y la criatura, para colmar al hombre pobre y miserable de sus beneficios inefables, para iluminar su inteligencia oscurecida por el error y sanar su corazón corrom-

pido por el mal y entregado a las criaturas.

La Eucaristía es el todo de la religión y de la Iglesia. Es el centro alrededor del cual giran todas las ceremonias del culto católico.

Por eso la Iglesia no reconoce cansancio en publicar las alabanzas de la Eucaristía e invita a todos los hombres para rendir homenaje de adoración y respeto al Dios oculto en los altares y repite sin cesar las palabras del Apóstol:



Acerquémonos con confianza al trono de Dios y conseguiremos los tesoros de su misericordia.

La Eucaristía es el misterio del amor, pues obra de Dios, no podía ser otra que el amor.

Dios nos ama, es verdad, pero no es bastante decir esto, dice San Bernardo, sino que es el mismo amor. Él pone su omnipotencia al servicio de nuestra pequeñez, y su misericordia en expresión de la escritura, es vasta como la tierra, sublime como el cielo y profunda como el mar.

Cantemos al Amor de los Amores, y mientras nuestra lengua cante las alabanzas de la Hostia Santa, humillemonos también en nuestro espíritu, como homenaje y tributo debido a la majestad infinita de Dios, hecho hombre en el seno de la Santísima Virgen María.

Ave verum corpus natum.

ECOS PARROQUIALES

La Primera Comunión de los niños en la Parroquia.—La fiesta del Catecismo.—La Comunión de impedidos.

Con esplendor extraordinario, bien puede decirse, y con orden admirable se ha celebrado este año la devota y simpática fiesta en la que, por vez primera, los niños se acercan a Jesús-Hostia.

Y digo esto y lo subrayo porque es notorio lo difícil que ese día, hacen el orden, no los niños, si no las impacientes mamás, algunas de ellas al menos, a quienes les parece que lo más importante para el niño, entonces, es el traje y el bizcocho.

Por fortuna, gracias a las acertadas disposiciones del Sr. Cura Párroco, eso ha terminado, a costa, claro está, de recluir a los niños en un recinto cerrado, donde, holgadamente, han podido hacer su preparación y acción de gracias al Señor por la inefable merced de hospedarse en su tiernos corazones. El buen juicio se impone y las mamás se irán dando cuenta de que eso es lo mejor.

Y así resultó la fiesta lucidísima acercándose a la Sagrada Mesa ciento cuarenta niños y niñas de primera Comunión y hasta unos doscientos mayorcitos.

Conmovidó el Sr. Cura por el cuadro que a sus ojos se ofrecía, hizo una plática sentimental, muy propia del caso, fijando su atención, más que en la brillantez de los períodos, en los sentimientos de piedad y devoción que debía infundir a los pequeños en los cuales sin, acaso, pretenderlo nos contagiaba mientras su vez era velada a ratos por la emoción.

Las señoritas instructoras se multiplicaban acudiendo a todas partes, cuidando del orden en todo momento. Y ¿cómo no, si, durante el día lo vienen haciendo, con el celo, con el desinterés, con el sacrificio más abnegado? De ellas es el mérito y justamente, diciéndolo, se rinde tributo a la verdad.

GUZMÁN

